



William Somerset Maugham

LA CARTA

Traducción de Carlos Mayor

EDICIONES  INVISIBLES



Fuera, en el muelle, caía un sol de justicia. Un torrente de automóviles, camiones y autobuses, coches privados y taxis circulaba a toda velocidad arriba y abajo por la vía atestada y todos los conductores hacían sonar el claxon, los *rickshaws* se abrían paso con agilidad entre la multitud y los culis, jadeantes, aún tenían aliento para increparse entre sí, culis cargados con pesados fardos que iban avanzando a trote corto, gritando a los peatones que se apartaran, mientras los vendedores ambulantes voceaban sus mercancías. Singapur es el punto de encuentro de un centenar de pueblos y hombres de todos los colores: tamiles negros, chinos amarillos, malayos marrones, armenios, judíos y bengalíes se llamaban unos a otros con voz ronca. Sin embargo, en el interior del bufete Ri-

pley, Joyce y Naylor había una temperatura fresca y agradable, en un ambiente en penumbra que contrastaba con la luminosidad polvorienta de la calle, y el silencio resultaba apacible tras el alboroto incesante del exterior. El señor Joyce estaba en su despacho privado, sentado tras su mesa, con un ventilador eléctrico que le daba de pleno. Se había reclinado hacia atrás, con los codos sobre los brazos de la silla y los dedos extendidos de una mano apoyados meticulosamente en los dedos extendidos de la otra. Su mirada se había posado en los maltrechos volúmenes de jurisprudencia colocados en un largo estante frente a él. En lo alto de un armario había unas cajas cuadradas de hojalata lacada en las que estaba pintado el nombre de distintos clientes.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

La abrió un pasante chino, muy elegante con su traje de dril blanco.

—Ha llegado el señor Crosbie, señor Joyce.

Hablaba un inglés estupendo, subrayando todas las palabras con precisión, y con frecuencia el señor Joyce se asombraba ante la amplitud de su vocabulario. Ong Chi Seng era cantonés y había estudiado Derecho en Gray's Inn. Había entrado a trabajar uno o dos años con Ripley, Joyce y Naylor a fin de prepararse para establecerse por su cuenta. Era diligente y atento y tenía un carácter ejemplar.

—Hágalo pasar —contestó el señor Joyce.